

17 *Una vida, UNA NOVELA*

# VAN JOHNSON

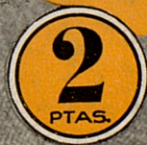
LUCHA DENODADA  
PARA ABRIRSE  
CAMINO

— x —

UN ACCIDENTE  
DESFIGURA  
SU ROSTRO

— x —

FIEL AL  
AMOR DE  
SU ESPOSA





# ¡DE PROXIMA APARICION!



ALAN LADD. — En su vida ordinaria es un hombre bien distinto al que nos muestran las películas. Amante del hogar y fiel a su esposa; un actor sin vida escandalosa ni divorcios en su haber. Atraído por la escena desde la adolescencia, inició pronto una brillante carrera cinematográfica, ayudado por la que fue su agente de publicidad y es hoy su esposa.

AVA GARDNER. — La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



SUSAN HAYWARD. — En la escuela de párvulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.



## UNA VIDA, UNA NOVELA

# VAN JOHNSON

- ♦ Un hombre tímido que supo imponerse.
- ♦ Llegó a pasar hambre en los comienzos de su carrera.
- ♦ El «novio ideal» de las muchachas americanas.

Volumen n.º 17

de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»



## VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO  
Núm. 2. — JOHN WAYNE  
Núm. 3. — HEDY LAMARR  
Núm. 4. — ERROL FLYNN  
Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT  
Núm. 6. — MARILYN MONROE  
Núm. 7. — GARY COOPER  
Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR  
Núm. 9. — ROCK HUDSON  
Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA  
Núm. 11. — CLARK GABLE  
Núm. 12. — LESLIE CARON  
Núm. 13. — GREGORY PECK  
Núm. 14. — GRACE KELLY  
Núm. 15. — FRANK SINATRA  
Núm. 16. — SILVANA MANGANO  
Núm. 17. — VAN JOHNSON  
Núm. 18. — AVA GARDNER  
Núm. 19. — ALAN LADD  
Núm. 20. — SUSAN HAYWART

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados  
Copyright by Ediciones  
Cinematográficas. Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

Ronda SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

Newport (Rhode Island), 25 de agosto de 1916.  
Charles Johnson mira por los cristales la tromba de agua que está encharcando la ciudad. Le parece un mal auspicio que sea la tormenta la que reciba en el mundo a su hijo. Mala noche, y encima, la absurda decisión de Loretta.

—Será chico, y se llamará Van Dell — le ha dicho su esposa.

—Pero, querida, ese es un nombre absurdo. Y quizá sea una niña.

—No, no. Será varón y se llamará Van Dell, Van Dell —, insiste ella.

Charles no quiere contrariarla en estos momentos, y además también él desea un niño. Si es así, no le importa cómo le llamen.

Van Dell nace rubicundo y coloreado. El extraño nombre le es impuesto por su madre. El padre está demasiado agradecido para oponerse. Es un chico fuerte y Charles Johnson está orgulloso de él. Es su hijo varón y pasa horas a su lado jugando con él.

Apenas Van Dell empieza a andar, su padre se lo lleva de excursión. Todos los domingos van a la playa, y los dos juegan como niños. El padre enseña a nadar al chico, que a los tres años ya se mantiene a flote y se convierte en poco tiempo en un excelente nadador. Todos los domingos padre e hijo, como buenos amigos, repiten la excursión playera y se entretienen por los barracones de las ferias y tómbolas. Regresan a casa cargados de trofeos y nimiedades, felices y satisfechos de su día de fiesta.

Pasa la infancia de Van Dell y el muchacho



ingresa en la escuela primaria. Allí encuentra a numerosos chicos con los que hace buenas migas. Su cordialidad y su simpatía le convierten en uno de los mejores compañeros. Pronto forma un grupo de camaradas que son capaces de hallar diversión con cualquier motivo. Las clases se deslizan sin complicaciones, las relaciones son cordiales con todos. Pero hay una cosa que le molesta: sus amigos se burlan de él.

—¡Van Dell! ¡Mira que llamarse Van Dell! ¡Qué tontería! ¿A quién se le ocurriría semejante nombre — se mofan los chiquillos. La broma se repite con exceso y, tras partirse las narices con más de uno, Van Dell decide dedicarse a la vida pacífica y suprime la segunda parte de su nombre. En adelante, todos le conocerán solamente por Van.

Con sus nuevos amigos forma un Club que se dedica a las actividades más diversas. Organiza excursiones, cacerías infantiles, competiciones deportivas, etc. El es el jefe porque ha impuesto su personalidad.

Un día su padre le dice:

—Bien, Van, ya eres mayorcito, creo que hasta podrías salir algún día por la noche. Por ejemplo, hoy. Si quieres te llevo al teatro. Han venido unos cómicos de Nueva York y dicen que son muy buenos. ¿Qué te parece?

—¡Ya lo creo! Llévame, no faltaba más. Claro que puedo salir de noche. Mis amigos salen todos de noche — miente el muchacho.

Van asiste, por primera vez a una representación teatral. Le fascina el teatro. Queda maravillado por la novedad y porque le parece algo que le tira desde dentro del alma. A todos los grandes actores les ha producido esta sensación el ver por

primera vez una comedia. Han sentido despertar dentro de sí algo que llevaban latente y que hasta entonces les era desconocido.

Al día siguiente, en la escuela, Van reúne a los miembros de su Club.

—Amigos — les dice —, hemos hecho muchas cosas y somos famosos en la ciudad. Pero hay algo que no hemos hecho todavía y que aumentará nuestra fama. Adivinad qué es ello.

No le contestan, ninguno sabe qué puede ser.

—¡Teatro! — contesta Van a las mudas interrogaciones —. Con el teatro seremos los amos de la ciudad. Yo entiendo mucho de esas cosas. Conque manos a la obra.

Los del Club actúan con rapidez. En el patio de la casa de los Johnson se monta un tablado. Comienzan los ensayos tras largas deliberaciones acerca de lo que hay que representar. Van va tomando decisiones. A unos les encarga un «sketch» cómico, a otros unos versos, a un grupo una pieza dramática en un acto. En fin, organiza una velada con las intervenciones más variadas.

La primera representación es un éxito. Han venido a verles trabajar todos sus compañeros de la escuela con sus familiares y se han divertido extraordinariamente. Y ha ocurrido algo más trascendental: la función ha sido un éxito económico. Todos los espectadores han pagado un módico precio por la entrada. Pero, como no ha habido ningún gasto de montaje, el importe ha servido para organizar una magna fiesta.

A partir de este momento, el Club se dedica exclusivamente a las actividades escénicas y siguen sus éxitos, llegando a actuar en algún pequeño



local de la ciudad con motivo de fiestas extraordinarias.

\*\*\*

Han acabado los cursos en la escuela primaria. Van pierde a sus amigos que no siguen sus estudios. El Club se deshace. Van casi llora al ver como su agrupación debe disolverse. Para él era casi toda la vida.

Triste y abatido ingresa en la escuela superior. Allí los muchachos y muchachas no le conocen. No le reciben con la afabilidad con que lo hicieron los chiquillos de enseñanza elemental. Aquí todos tienen sus preocupaciones y no les queda demasiado tiempo para ocuparse de los demás. Van apenas se atreve a establecer contacto con sus nuevos condiscipulos. Pasan dos años durante los cuales su círculo de amistades no aumenta lo más mínimo. En la escuela hay una agrupación dramática por la que no es requerido ni admitido. Van esperaba una acogida en la agrupación atendiendo a sus méritos infantiles. Esto le duele como ninguna cosa porque su vocación teatral se ha desarrollado mucho.

Han sido dos años duros para Van, en los cuales su timidez ha ido aumentando. Su natural cordialidad y simpatía no le han bastado para introducirse en los grupos cerrados de amigos. No se atreve apenas a hablar con las chicas. Estas se rien, a veces, de su pelo rojo y de sus pecas. Pero lo hacen solamente por burlarse, pues el aspecto de Van es inmejorable. Es un chico fuerte y bien parecido, pero descentrado por su timidez.

«Si sigo así, estoy perdido — piensa Van —. Esto

es para desesperarse. Hay que tomar una decisión, cueste lo que cueste.

Y toma la decisión. En adelante, Van aparecerá en todas las reuniones de los alumnos, en todas las fiestas y bailes. Le cuesta, pero empieza a comportarse como los demás jóvenes. Baila, se rie, gasta bromas a las chicas. Ellas le hacen caso.

—Nora, tú no debiste venir a la escuela — se atreve a decirle a una muchacha —. Yo nunca podría considerarte como una compañera de clase. Tú eres mucho más que eso. Y eso precisamente le hace perder mucho encanto a nuestra amistad. Me hubiera gustado no conocerte en la escuela.

—¿Qué quieres decir, Van?

—Está claro. Preferiría conocerte como se conocen los chicos y las chicas. Por la calle, en fiestas, en reuniones. Entonces pueden tratarse como personas y seres de distinto sexo. En la escuela todo es difícil.

—Bien, ¿y qué? — pregunta Nora, entre sonriente y ruborizada.

—Quisiera verte en otra parte, en un sitio donde el nombre de escuela y de alumno no suene para nada. ¿Te gustaría?

Ha sido simplemente un experimento. Nora no le importa el absoluto. El caso es que con muchos circunloquios y haciendo un gran esfuerzo para vencer su timidez, ha conseguido que una amiga le hiciera caso. Por primera vez sale con una mujer. Van ha vencido sus complejos. Se convierte en un excelente bailarín. Es pieza importante en todas las fiestas, su persona se cotiza. Las chicas hablan de él más de la cuenta. Se le abren los caminos de todas las amistades. Se le admite en las competiciones deportivas, es un as del fútbol. Pero no



consigue lo que más desea. Ha llegado tarde para entrar en la agrupación dramática. Y además, los actores han sido los menos asequibles a su cordialidad.

Ha vencido su timidez, se ha convertido en una de las personas más importantes de la escuela. Lo ha conseguido casi todo. Pero ese casi era lo que más ansiaba. Se graduó brillantemente, pero le queda el resabio de no haber logrado pisar unas tablas en todo el tiempo que le llevó la graduación en la escuela superior.

Durante estos años, sus amigos le rodeaban continuamente y charlaban con él. Su lugar de reunión era principalmente el teatro. Newport es una ciudad pequeña en la actualidad, pero tuvo trascendencia social y le queda de su época brillante el gusto por el buen teatro. Van no se perdía una representación. Se sentía feliz al ver actuar a los profesionales, pero le acía el que él no hubiera podido introducirse entre los aficionados.

—No te preocupes, Van —le consolaban sus amigos—. Estos de aquí son actores, y les admiras tanto porque no les conoces. Pero ya ves, en la escuela tienes el ejemplo de lo que es la gente de teatro. Son engreídos, vanidosos y estúpidos. Y no saben actuar. No quieras mezclarte con ellos. El teatro sólo te dará enemigos y disgustos.

—No, no. El teatro me dará la felicidad —respondió Van—. Mi mayor ilusión es actuar y he de conseguirlo.

Estas conversaciones se repitieron casi todas las semanas desde que ingresó en la escuela. Sus pocos amigos de un principio intentaban disuadirle de seguir su vocación escénica. Pero Van no cedió. El tiempo parece darles la razón a ellos: Van no

ha conseguido nada. Ha acabado los estudios y sigue sin una experiencia seria en las tablas.

\*\*\*

—Ahora que te has graduado, ¿qué piensas hacer?—pregunta Charles Johnson a su hijo—. Antes de tomar una determinación, piénsalo con calma y serenidad. No hay que precipitarse, porque esto es causa de todos los males del futuro. Una vida se decide en los primeros años e importa que la decisión sea feliz. ¿A qué piensas dedicarte? ¿Prefieres estudiar o trabajar?

—No sé, es difícil decidirse. En este momento no sabría qué camino tomar. A mí me gusta el teatro. Quisiera...

—Es natural —le ataja el padre, que conoce su afición, pero que no la aprueba—. Es natural que no sepas qué tienes que hacer; eres demasiado joven. Creo que deberías ir a la Universidad, pero quizá esto no te guste. Lo mejor es que lo pienses. Has estudiado y ya sabes qué es eso. Lo que tendrías que hacer ahora es trabajar un año conmigo para adquirir experiencia. Entonces podrás elegir. En cuanto al teatro, no creo que te convenga. Ya sabes que los cómicos son..., bueno, ya sabes como son. Espera un año y decide.

Van acepta la proposición. El año transcurre tristemente para Van. Parece que sólo va a servir para que su decisión se retrase un año. Asiste al teatro con toda asiduidad. Su padre lo observa y ve también que ese tiempo va a ser perdido. Está convencido de que su hijo se dedicará al teatro, pero también está convencido de que esto no le conviene.



Van trabaja en la oficina de su padre, de dependiente y de vendedor. Es una labor en la que la simpatía tiene gran importancia. Pero éste es el único punto en que se muestra avaro de su afabilidad. Decididamente, no sirve para ello.

Cuando pasado el plazo de reúnen padre e hijo, no hace falta que aquél pregunte nada.

—Hijo, ya sé que es lo que quieres. Lo siento porque aquí todo iría bien y te sería fácil. Prefieres el camino difícil, pero ignoras lo ingrato que es. Ojalá no te arrepientas. Buena suerte. Ya sabes que te ayudaré en cuanto pueda, pero ten en cuenta que no somos gente muy acomodada. Si te falta algo pídelo sin temor.

—No te preocupes, me arreglaré —contesta el joven con firmeza.

—Ya veremos, ya veremos.

\* \* \*

Nueva York. El provinciano Van Johnson llega a la metrópoli con el corazón encogido. La vista de la ciudad le sobrecoge. Los inacabables rascacielos le imponen su pesadez de cemento y acero en el alma. Van se siente como un niño. Las calles le resultan bulliciosas en exceso. Aquí nadie le saluda. En Newport, casi todos eran conocidos. Nueva York es un avispero de millones de seres para los que la existencia de los demás carece en absoluto de importancia. El recién llegado siente arrepentimiento. Nunca como en este momento hubiera deseado el retorno al hogar. La ciudad le da miedo. Su valor empieza a flaquear y le cuesta sobreponerse.

La busca de habitación es algo tremendo.

Tiene que recorrer cien sitios, con lo que su desánimo va en aumento. Al fin encuentra un apartamente amueblado. Por el precio, Van hubiera esperado algo extraordinario. Pero tiene que convencerse que Newport queda a mucha distancia y que esta urbe es la más descomunal del mundo en todos los aspectos. «Sobre todo —piensa Van—, en los precios.» Hace un cálculo de sus posibilidades y ve que, de no encontrar pronto un empleo, sus pobres reservas se acabarán en seguida.

Coge la lista de agencias teatrales y empieza a recorrerlas por el principio alfabético.

Está en la primera de ellas. En el salón de espera, reina gran agitación, jóvenes y viejos, novatos y superveteranos, modestos y engreídos, humildes y vocingleros; todos allí parecen organizar una zapatiesta de mil demonios. Oye las exclamaciones de algunos.

—¡No dame trabajo a mí, que he recorrido el país con los Barrymore! —grita un hombre viejo y desastrado.

—¡Ofrecerme diez dólares semanales a mí, que en Broadway han llegado a pagarme cien por función! —exclama otro.

—No puedo aceptar un papel secundario al lado de ese Mark Piffer. Sería una marcha en mi carrera.

Van escucha asustado estos comentarios. Todos hablan de su personalidad y de su fama. Apenas se fija en los que salen del despacho del director, encogidos y silenciosos. Alguno parece triunfante al aparecer por la puerta encristalada, pero... ¡se dan tan pocos casos!

Aparecen dos chicas, guapas y de aspecto agradable. Salen como la mayoría. Se ve que no han



tenido éxito, pero soportan el fracaso con dignidad. Se nota que no es la primera vez que esto les ocurre. Van las mira con simpatía y entre ellos se cruza una leve sonrisa de mutua conmiseración.

Después de una larga espera le llega el turno. Entra por la puerta misteriosa al despacho donde ha de decidirse su futuro.

—¿Quién es usted?—le pregunta el agente teatral.

—Van Johnson, de Newport.

—Eso no me importa. ¿Dónde ha trabajado? ¿Con qué figuras? ¿Qué especialidades tiene? ¿Qué papeles ha interpretado? ¿Cuánto tiempo lleva en las tablas? Eso quiero que me diga.

—Pues la verdad—titubea Van—. Yo quería un empleo. No importa de qué.

—Conteste a lo que le pregunto y no diga tonterías—le grita su interlocutor—. No puedo perder tiempo. Hay mucha gente que espera.

—Pues... no... no he trabajado en una compañía profesional.

—¡Ah ¡Ya!—sonríe irónico el agente—. Usted trabajó en el teatro del colegio y hacía los primeros papeles de niño bueno, ¿verdad?

—Eso es—contesta Van, con cierta animación y cierto temor—. Yo era el jefe del Club teatral de la escuela.

—Lo siento. No tengo trabajo para usted. Hace falta que haya hecho algo serio y no bobadas de chiquillo.

Van sale de la agencia con el corazón hecho trizas. Piensa en Newport con añoranza tremenda. Lluve. «Como el día de mi nacimiento—piensa Van—. ¡Vaya una suerte: nacer en día de lluvia!»

Un temor supersticioso le llena el pensamiento.

Parece que con la lluvia se le caiga toda Nueva York encima. Está materialmente aplastado. Hoy es incapaz de acudir a otra agencia. Se siente más niño y desamparado que a su llegada a la urbe. Se siente perdido.

Amanece el nuevo día radiante de sol. El tiempo le serena el alma y decide otro intento; el descanso le ha confortado. Llega a un nuevo centro teatral. La misma antesala que en el anterior. La misma gente, iguales gritos, todo exacto. Los mismos que entran y salen con el mismo gesto y las mismas exclamaciones irritadas. Van espera que este agente no sea tan brusco como el anterior. Pero se equivoca. Entra y se repite la escena precedente. Los que están allí se rien de él.

—Puede organizar alguna compañía en una escuela—le aconsejan burlones.

Parece que su padre tenía razón al hablarle de los cómicos, no tienen corazón. Sale más compungido que la otra vez. En la antesala están las muchachas que le sonrieron ayer.

Al pasar cerca de ellas, le preguntan para animarlo, reconociendo en él al novato más caracterizado.

—¿Hubo suerte?

—Regular—contesta Van, por no quitarse importancia—. Las condiciones no eran buenas.

—Vamos, te han dicho que no les interesabas, ¿no es eso?—le dice con sonrisa comprensiva la que habló antes.

—Sí, eso es—reconoce el hombre.

—Eso pasa siempre, pero al fin dicen que sí. Todo llega, hay que saber esperar. Tú empiezas, ¿verdad?

—Sí.



—Paciencia. Nosotras hemos trabajado en muchos sitios y nos dicen lo mismo. Pero ya sabemos cómo va esto y no nos duele. Todo es cuestión de paciencia y de esperar.

—Pero... es que no puedo esperar.

Las dos chicas sienten simpatía por el pobre joven semejante a un niño lleno de temor que se ha perdido entre una muchedumbre desconocida.

—Salgamos de aquí, hombre. Vamos a tomar una cerveza y te calmarás.

Entran en un cafetucho sucio y viejo al lado de la agencia. Parece una continuación de la misma porque en él se concentran los mismos tipos que en aquella. Todos piden consumiciones baratas. Su peculio es enormemente reducido.

Se sientan en un rincón. Van anda como una sombra. Tiene demasiadas cosas en la cabeza y no sabe distinguirlas. Las palabras de ellas le sacan de su ensimismamiento.

—Yo soy Sheila y esta es Ruth—dice la de su derecha.

—Me llamo Van Johnson. Soy de Newport, Rhode Island. Acabo de llegar a Nueva York. Quiero encontrar trabajo pronto. No me queda dinero casi.

—Lo encontrarás —dice Sheila—. Pero tienes que saber conseguirlo. Es más fácil de lo que parece. Todo es cuestión de costumbre.

—Hay que saber presentarse —dice Ruth—. Hay que vestirse como corresponde a un actor, hablar como tal, y fanfarronear mucho.

—Tú habrás dicho que nunca actuaste, ¿verdad? —preguntó Sheila.

—Es la verdad —responde el hombre.

—Sí, pero una verdad que debe borrarse de tu

memoria. Si quieres trabajo tienes que decir que has actuado hasta con Sarah Bernhardt. Es decir: con todo el mundo, con todos, especialmente con los mejores. Esto no lo creerán, pero supondrán que has actuado.

—Lo importante es que vean en ti un actor. Se nota en seguida. No uno con facultades, sino un actor en activo. Nosotros lo conocemos en seguida —añade Ruth—. Verás que sencillo será.

Van regresa a casa animado. Las dos chicas le resultan agradables. No se explica esa preocupación por él. Sólo puede ser fruto de su buen corazón y Van corresponde con creces a su afecto.

Las visitas a las agencias se suceden. Van cambia de trajes, su gesto se troca de humilde en decidido. Se presenta como un auténtico actor. Hasta grita al salir. Ya nadie se ríe de él. Lo tienen más en cuenta y escuchan lo que quiere decir.

Sheila y Ruth le siguen aconsejando. Van ya no es el del primer día. Habla también y expone opiniones. Simpatizan todos. Pero Van siente inclinación por Ruth. Esta parece que vaya a remolque de Sheila que es quien lo decide todo. Llegan a verse a solas. Ruth es igual que Van ahora, y debió ser como él al llegar a Nueva York.

Recorren la ciudad cogidos del brazo. Van cree haberse enamorado. Este es el único cariño que ha encontrado y se aferra a él como a un puerto de salvación.

La declaración es triste y casi trágica. Es una declaración sin finalidad.

—Te quiero, Ruth. Te quiero —le susurra Van al oído.

En la calle, bajo la llovizna. De repente se



da cuenta de que el agua cae fuerte. Le parece de nuevo un mal augurio. Se arrepiente de haber dicho aquellas palabras en este momento. Le parece que la lluvia tenga algo fatal contra él.

«Al fin y al cabo —piensa Van—, bien podía decirsele. La quiero, la quiero y no le he propuesto casarnos. Es absurdo, pero no podía ofrecerle nada. Es mejor, porque llovía. No me gusta la lluvia.»

Al día siguiente, el hombre espera de nuevo en otra agencia. Se abre la puerta en que se lee el rótulo «Dirección», y aparecen Sheila y Ruth. Salen corriendo. Al ver a Van, Sheila se detiene un momento.

—Nos vamos a Chicago, hoy mismo. Nos han contratado. ¡Buena suerte! —le grita.

Ruth no dice nada. Le mira con tristeza. Van mira como Ruth desaparece para siempre.

«La lluvia —piensa Van—, la lluvia.»

Abandona la agencia sin esperar a que le reciban. Está a punto de coger el tren de regreso a Newport. No sabe por qué no lo hace. Seguramente para estar sólo y no tener que mezclarse con gente en un vagón.

Escribe a su casa y, mordiéndose los labios, dice que todo le va bien.

\*\*\*

El golpe ha sido fuerte, pero no le impide ir de agencia en agencia. Es una rutina que ya no le molesta. Pasan los días. Tiene cada vez más paciencia y menos dinero.

—Sabe bailar y cantar, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Acepta quince semanales?

—Sí.

—Firme.

No ha podido ser más rápido. Ha llegado el momento. Van rubrica su primer contrato. Quería algo, lo que fuera, ya lo tiene. Quince dólares y actuar, no está mal. Pero no le alegra. Estaba convencido de que esto llegaría un día y ha llegado. No se emociona.

Actúa en un barrio de la ciudad, en el teatro Cherry Lane. Forma parte del coro de la revista «Caras Nuevas». El teatro cobra otro aspecto para él. No es el visiteo de agencias, sino el mundo del ensayo. Se divierte. Comienzan las representaciones con poco éxito. De los quince dólares prometidos sólo sobra cinco. Casi no le da para vivir. Pasa desapercibido para todo el mundo. La revista se mantiene pocas semanas y queda desocupado.

Ahora la necesidad de un nuevo empleo se hace más fuerte. Este tarda poco en llegar. Los compañeros de la revista le hacen una oferta que acepta en seguida. Entra en un grupo de baile que realiza una jira por Nueva Inglaterra.

Van está perfectamente desilusionado. Esperaba algo del teatro. No sabía qué: ¿la fama?, ¿el dinero?, ¿la felicidad de actuar? Pero no tiene ninguna de estas satisfacciones. Sigue en su sitio por no dar su brazo a torcer y tener que regresar fracasado ante su padre.

Acabada la jira por Nueva Inglaterra, regresa a Nueva York. Está ocioso, sin ningún ahorro casi. Le queda poquísimo dinero. Con él tiene que pasar un tiempo indefinible, no sabe si serán semanas o años. Es la época más trágica de su



vida. No tiene nada que hacer sino pensar, y esto le desespera. Conoce el hambre. Sus comidas o cenas, éstas últimas muchas veces suprimidas, son de día en día más ligeras. Tiene que adoptar los trucos del hambriento: comer despacio, y con calma. Pero no consigue más que engañar al estómago. Se va sintiendo débil. Está a punto de escribir a su padre. Ve que tendrá que hacerlo de un momento a otro, pero espera retrasar la ocasión lo más posible. Mientras, deambula por las calles como un fantasma.

\* \* \*

Es de noche. Los escenarios de Broadway ya han corrido el telón. Ya se han apagado algunos anuncios luminosos. Las calles están desiertas. Los teatros cerrados. Van los mira con tristeza. Ya no asiste a ninguna representación sino le regalan las entradas.

El teatro Roseland está abierto, el portero se ha marchado. Van entra a curiosear. En la platea hay algunos individuos sentados. En el escenario están probando algunos bailarines. El director los contempla y los rechaza uno por uno. Parece que todo haya acabado y Van se dispone a marcharse.

—¡Te toca a ti! —grita el director señalándole—. ¡Venga, rápido!

Mira a su alrededor. Busca a alguien; no se da cuenta de que le llaman a él. Está como idiotizado, sin reaccionar, sin saber qué hacer.

—¡Vamos, pelirrojo, que hay prisa! —le apremia el director.

Van no se atreve a contradecirle. Ha perdido la voluntad y hay algo en su mente que se ilu-

mina de esperanza. Una voz interior le dice, que esta es su última oportunidad y saca fuerzas de flaqueza. Está deshecho, pero su enervamiento le permite salir adelante. Pone en la ejecución de la pieza que tocan al piano toda su maestría, toda su habilidad; hace un esfuerzo fantástico. Un sentimiento claro le hace ver que de esto depende su porvenir: Newport o Broadway.

Baja del escenario rendido y se sienta de nuevo. No piensa que esto haya sido una prueba, sino que un espíritu diabólico le ha hecho danzar para martirizarlo.

—Pelirrojo, mañana a ensayar —le grita el director—. Y sé puntual.

¡Está admitido! Tarda en darse cuenta porque está agotado y sus ideas son muy confusas.

En la calle el corazón se le ensancha. Aspira a pleno pulmón el aire de la noche. Está lloviendo. Mira con cariño los hilos de agua que empañan su ropa. «No, no era la lluvia la que me traía la mala suerte. Está lloviendo y me han aceptado sin que pudiera pensarlo. Actuaré en Broadway y cobraré la fabulosa suma de 40 dólares por semana.»

Está emocionado. Esta vez el contrato le produce una alegría inmensa y se siente más feliz aún porque cree que ha vencido el hado fatal que le oprimía.

La revista dura nueve meses. Van puede vestirse, cambiar de habitación y pagarse clases de canto, baile y dramática. Todo marcha sobre ruedas. Incluso puede ahorrar. No gasta un centavo en diversiones. Quiere prever posibles contingencias y no quiere exponerse de nuevo al hambre



y al frío. Hay que aprender mucho y asegurar el futuro.

Al cabo de nueve meses, retiran la revista de cartel. Queda vacante, pero con algunos ahorros. No tiene prisas y sí la seguridad de que pronto encontrará un nuevo empleo. Son los amigos y no las agencias las que dan colocaciones. Sabe esto muy bien y ya no vuelve a aparecer por ellas.

Efectivamente, poco tarda en incorporarse al coro del teatro Roxy, de Nueva York. El sueldo es de 30 dólares y el trabajo abrumador. Hay dos funciones diarias y ensayos continuos. La vida se le hace pesada al muchacho. Tiene que renunciar a sus clases y aprender lo que le hace falta. Los nuevos compañeros no le resultan agradables y decide renunciar al empleo para aceptar otro que le ofrece más seguridades de amenidad y de distracción.

Del Roxy va a un hotel de las montañas Castkill, cercanas a la ciudad de los rascacielos. Allí le dan nueve dólares y lo mantienen. El trabajo es duro pero muy variado. Actúa durante la cena como cantante y bailarín y luego desempeña el papel de maestro de ceremonias. Tiene todas las horas ocupadas, pero se siente como una personalidad. Tiene cierta libertad en decidir lo que ha de interpretar, con lo cual su trabajo le parece un entretenimiento.

Una noche propone al director que le deje tocar una pieza al violín. Este se niega.

—Por nueve dólares y por lo que trabajo, bien puede darme esa satisfacción —le interpela Van.

Actúa sin éxito. Es su única interpretación lírica. El violín no es su fuerte en estos momentos.

Se acaba la temporada de veraneo. Regresa a

Broadway. Puede elegir entre varios empleos pero vuelve al coro del Roxy, donde tiene más conocidos. Breve actuación en la capital y gira por provincias. Tiene ocasión de sustituir a los protagonistas enfermos. Esto le da esperanzas de llegar pronto, pero la compañía se deshace.

Con un grupo de amigos del Roxy forman un coro vocal llamado «Eight men of Manhattan». Dan la vuelta al país con bastante éxito. Es el año 1939. Se une a ellos Mary Martin para dar realce al espectáculo. George Albbot, el manager de la cantante, los ve actuar y le gustan mucho.

—Muchachos —les dice George—. He preparado una película en Hollywood que vamos a filmar pronto. Me hacéis falta. Os saldrá más a cuenta venir conmigo que ir dando vueltas por el mundo sin saber a dónde iréis a parar.

¡Hollywood! Este nombre hace soñar a los «Ocho hombre de Manhattan». Es el mayor anhelo de todo actor. Pero Van no sueña. Tiene compañeros y no quiere dejarlos al primer canto de sirena.

—Llevamos mucho tiempo juntos —les dice—. Vamos triunfando cada vez con más fuerza. Nos llaman de muchos sitios y ganamos dinero, ganaremos mucho más. No es cuestión de separarnos porque alguien nos necesite para sus películas.

—Sí, eso es muy romántico, pero el contrato de cine es bueno. Allí, si empezas, llueven los millones. Yo me voy.

—Pero a ti solo no te querrán. Quieren al grupo, somos ocho. Si no vamos todos no harán nada.



—Podemos seguir juntos allí. Mary se va y sin ella no conseguiremos nada.

Esta última razón convence a todos. Van tiene que inclinarse ante la mayoría y tomar el camino de California.

\*\*\*

Hollywood. Hervidero de máquinas y cámaras. Millares de disfraces. Parece una «kermesse» en fiesta que haya perdido el espíritu. A Van no le gusta. Ruedan la película «Too many girls». Van es sustituto de Gene Kelly. Los ocho amigos intervienen poco. Como predijo Van, cada uno va por su camino. El grupo está deshecho y Van contratado. Cobra su paga, pero no trabaja. No es lo suyo. Van quiere actuar, es lo único que le satisface, no le importa si el sueldo es mucho o poco, porque no puede resistir pasar las horas en el plató mano sobre mano. Tiene buenos amigos, pero apenas puede visitarlos porque a ellos el trabajo les absorbe todo el día. Está amargado. Decide abandonar Hollywood y volver a su vida teatral, más movida y apasionante.

Lucille Ball es una de sus buenas amistades. Ella y su marido Disie Arnaz le dan una cena de despedida.

Lucille está un poco molesta por el gesto amargado del joven que se sienta a su mesa.

—Muchacho, con esta cara es difícil que te quieran para nada. Tu deberías estar alegre y desplegar simpatía.

—Ya. Es fácil decirlo —responde Van—. Pero da la casualidad de que es aquí donde me han hecho volver triste y poner esta cara de muerto.

—Todo se arreglará. No es cuestión de dejarlo todo porque no salen las cosas bien desde un principio.

—Lo malo es que no quise venir aquí. Tenía una carrera iniciada. Empezaba a triunfar, la cambié por otra y ahora no tengo ninguna.

—Te guardaba una sorpresa —dice Lucille—. He citado a un agente. Muéstrate alegre. Si le causas buena impresión te hará una prueba. Es el mejor manager de Hollywood, si le gustas te abrirá todos los caminos.

Van sonríe. Le gusta la idea. Cuando Lucille le pide un autógrafo en la lista de la cena, se queda extrañado.

—No te asombres —dice ella—. Un día serás famoso.

Van recupera el humor. Cuando llega el agente, es el hombre cordial de siempre. Al día siguiente hacen una prueba. Al agente le parece excelente y decide lanzar a Van. Como advirtió Lucille Ball, el hombre actúa con acierto.

Los primeros papeles carecen de importancia. Actúa en «Templada al fuego», «Piloto número cinco», «La comedia humana», «Madame Curie», «Las rocas blancas de Dover». Pero su personalidad no trasciende al público. No se le conoce. Van cree que ha perdido el tiempo, quedándose tres años en Hollywood para ganar dinero.

Pero llega el momento de su revelación. La guerra se ha llevado a muchos actores y se necesita gente nueva y joven. Se va a rodar «Dos en el cielo». Los protagonistas son Spencer Tracy e Irene Dunne. Hace falta un tercer personaje de gran importancia. Cuesta encontrarlo. Se necesita un joven de aspecto sencillo y tímido. El ma-



nager de Van está al acecho de la oportunidad y no la deja pasar. Van es designado para hacer el papel.

Empieza el rodaje. Parece que el muchacho actúa por primera vez. Se siente nervioso. Lo que ocurre es que está demasiado emocionado. Nunca soñó actuar con Spencer Tracy, del que ha visto dieciséis veces su película «Furia», y por el que siente una extraordinaria admiración.

El nerviosismo le persigue a todas horas. En el plató no se serena y, luego, cuando coge el volante de su coche, es como si estuviera un poco bebido.

\*\*\*

Hoy ha abandonado el plató muy tarde. Está cansado y sus manos tiemblan. No obstante, aprieta el acelerador, quiere llegar pronto a casa. No domina el coche, casi se duerme, no ve bien las cosas. Llega a la encrucijada y se precipita contra otro vehículo. Queda metido entre las planchas destrozadas. Cuesta mucho sacarle de allí. Sale con varias fracturas. La cara está llena de rasguños, heridas y fuertes contusiones. Sufre conmoción cerebral.

Cuando despierta y se da cuenta de su situación, se desespera. La mala suerte le ha cortado la carrera de golpe. Su estado indica que no volverá a aparecer ante las cámaras. Su rostro está desfigurado y se ignora si podrá andar. Piensa que le sustituirán en la película. Pero la Metro decide aplazar el rodaje.

Operaciones y más operaciones; tratamientos dolorosos y continuos. La cura es larga; muchas

horas de hospital. Van las entretiene leyendo guiones. Le gusta extraordinariamente el de «30 segundos sobre Tokio». Ya parece que sanará de todo y podrá actuar de nuevo. Escribe a Melvyn le Roy para que le de un papel en su película.

Pasa el tiempo, es el año 1943. Desespera de que se acepte su solicitud, cuando llega la contestación de Le Roy. Le da un papel importante. Era la mayor ilusión del enfermo. Parece que esto acelere su restablecimiento.

Acaba la película «Dos en el cielo» y en seguida filma la otra. Son lanzadas al público casi al mismo tiempo. Los dos films representan el nacimiento de un nuevo astro en Hollywood: Van Johnson. La Prensa habla de su persona. Ahora todos se conmueven de su tragedia, cuando antes nadie le dio importancia. El público femenino siente una enorme simpatía por el actor pecoso y pelirrojo, simpático e infantil, que ha sufrido tales contratiempos. Van tiene otro atractivo importante: es soltero. La Prensa y la radio basan sus campañas recogiendo la opinión de las muchachas americanas: Van Johnson es el novio ideal. Es un actor típicamente americano. Es la representación del joven estadounidense, sencillo y agradable.

Continúa su trabajo. El contrato con la Metro va aumentando de volumen en la parte referente a ingresos. Se instala en Beverly Hill, en una casa de estilo inglés, y se dedica a sus aficiones cuando tiene tiempo libre. Es uno de los favoritos del público.

A partir de este momento se convierte en protagonista y galán. Los títulos de sus películas se van acumulando. A su lado figuran las actrices



más famosas: con June Allyson rueda «Dos muchachas y un marino»; con Esther Williams, «Juego de pasiones»; con Lana Turner, «Fin de semana»; con Denise Darcel, «Fuego en la nieve». Y otras muchísimas. Con June Allyson es con quien actúa en más films. Se les ve juntos con frecuencia. Los rumores empiezan a circular y el público femenino comienza a desilusionarse; no en vano Van Johnson es el novio ideal. De casado, dejaría de serlo.

Pero los rumores son falsos. Luego aparece Sonja Henie, pero tampoco ocurre nada. Han sido chismes de los periodistas faltos de noticias. La vida de Van no puede ser más sencilla.

—Estoy demasiado ocupado para pensar en casarme —dice a los chismosos—. Mi única novia es la Metro. Soy el hombre más feliz del mundo estando como estoy. He sufrido mucho y al fin lo he conseguido todo.

—¿Todo?, ¿todo? —le pregunta un periodista—. ¿Su corazón también lo ha conseguido todo?

—Sí —contesta Van, mintiendo.

Quiere decir sí como si fuera verdad, pero miente. Su alma le dice que no. Es algo superior a sus fuerzas. No puede sobreponerse al arrollador empuje de los sentimientos. Ha decidido que debe renunciar a Evie. Pero cada día tiene que tomar la misma decisión y hacérsela patente a sí mismo. Lo cierto es que no puede.

Las veladas le resultan insoportables cuando vienen a casa sus mejores amigos: Evie y su esposo Keenan Wynn.

Cuando Keenan les deja solos por cualquier motivo, Van se siente preso de crisis nerviosas. Le parece monstruoso que Evie le invite a pasear

por el jardín. Van siempre prepara películas para sus invitados, luego de la cena. Pero Evie y su marido vienen con mucha frecuencia y lo han visto todo.

Van tiene que bajar al jardín y decirse a cada minuto que Keenen es su mejor amigo y no puede traicionarle. Además, puede que Evie no le hiciera ningún caso. Cuando ella le coge del brazo siente escalofríos. Quisiera acariciar la mano que se apoya en él, pero se contiene. Ella se siente romántica y habla sola. El apenas dice monosílabos, con voz temblona.

—Tu casa es maravillosa. Tiene sabor de tiempo. Los que venís del teatro parece que tengáis un gusto superior. En Nueva York, tu casa debía ser un prodigio.

—Al contrario —comenta Van—. Era un desastre.

—Debió ser magnífico tener un lugar acogedor entre tanta piedra. Debías recibir a mucha gente. Las chicas irían encantadas a ver tu pisito de soltero. Debes haber tenido muchos amores, pero ninguno bastante fuerte que te obligara a atarte.

—Sí —sonríe Van, para no decir: «El único amor capaz de atarme es el tuyo», pero el pensar que es la esposa de su mejor amigo quien tiene al lado, le contiene.

«La lluvia me trae suerte —se dice Van—. Si llueve no tengo que acompañarla al jardín.» Las cosas se complican cada vez más para el actor famoso. Evie está orgullosa de su amigo. Le gusta enterarse de su vida para poder comentarla con entusiasmo y cada vez se va interesando más en ella.

—¿Qué hacías en Nueva York? ¿Qué tal era el



teatro? ¿Eras feliz? ¿Tenías muchas novias? Háblame de ellas.

Evie le repite siempre las mismas preguntas. Sobre todo le atormenta hablando de sus novias. Tiene un interés extraordinario en su vida amorosa.

Van cree que Evie no se da cuenta de sus sentimientos hacia ella y por eso se mantiene en su postura. Una pregunta de ella le hace temblar:

—¿Cómo eran tus novias? ¿Se parecían a mí?

Van queda helado. La pregunta le sorprende demasiado. Contesta:

—Sí —y lo repite varias veces—. Sí, sí, sí.

Se refiere a las novias de su imaginación, no a las reales, que no ha tenido, sino a ella, a Evie, a la que ha soñado de cien maneras distintas. Esta vez, ella sonríe y le aprieta el brazo con aire de felicidad. Los nervios de Van se crispan. El recuerdo de Keenan vuelve a detenerlo.

En el plató se siente más atolondrado. Parece un novato. Es torpe y le cuesta concentrarse; cuando lo consigue, su labor es entusiasta y eficiente. Pensar en Evie le trastorna; es un problema sin solución.

Un rayo de esperanza se abre en su corazón cada vez que ve que el matrimonio discute acaloradamente. Pero se dice a sí mismo que es un pensamiento absurdo y poco noble.

«¿Qué pasará entre ellos? —se pregunta—. Keenan encuentra muchas excusas para no venir.» Cree que su amigo se ha dado cuenta de su amor. Pero es imposible que haya descubierto el de ella si no existe.

Van se equivoca. Evie está enamorada de él, hace tiempo. No se lo ha dejado entrever apenas,

porque Van es incapaz de comprender los mayores detalles. Está apasionado y esto le hace perder la visión de las cosas. Keenan ha notado algo. Quizá demasiado con respecto a Evie, pero tiene plena confianza en Van.

\* \* \*

Hoy llueve también. Van siente algo extraño. La lluvia ha acompañado los momentos importantes de su vida y hoy tiene un presentimiento. Están en casa, él y Evie. Suena el teléfono. Van coge el auricular y contesta.

Vuelve pensativo. Su imaginación le dicta un pensamiento curioso: «Hoy sabré si la lluvia está de mi parte o en contra.»

—¿Algo importante? —pregunta la mujer.

—Keenan dice que cenemos. Seguramente no podrá venir. ¡Cuánto lo siento!

—No te preocupes, estaremos más tranquilos. Está muy raro estos días y me pone nerviosa. Lo está haciendo desagradable todo. Hay momentos en que pienso...

—Bien, cenemos —ataja Van temeroso.

—¿Qué prisa tienes? Te decía que a veces pienso unas cosas. No sé, creo que lo mejor...

—Deja eso ahora —interrumpe de nuevo.

—Pero si no te lo digo a ti, ¿a quien le hablo? Pienso cosas que me duelen, pero que estoy dispuesta a hacer.

Hay un minuto de silencio. Van contempla impaciente los cristales en que los hilillos de agua trazan dibujos cabalísticos. Espera un desenlace. Toda su sangre se le agolpa no sabe dónde y le



hace latir las venas con una presión inmensa. Está a punto de estallar.

—Oye, Van —pregunta tímidamente Evie—, ¿era verdad que tus novias se parecían a mí?

—No —grita Van, presa de una extraña locura. Está decidido a todo—. No. No se parecían a ti porque no he tenido novias. Eras tú misma en cien formas distintas la que se parecía a ti misma. Eras tú solamente la que yo soñaba y la que podía atarme.

Silencio. No saben qué decir. Van vuelve a mirar a través de los cristales, consultand, a la lluvia.

—¿Hace mucho tiempo, Van?

—Sí, años.

—¿Por qué lo has callado? ¡Oh, Van, que tonta soy! —dice, considerando su pregunta—. ¡Qué bueno has sido! Pero, ¡cuánto tiempo perdido!

\* \* \*

Hollywood se conmueve. El escándalo corre de boca en boca: «La esposa de Keenan Wynn se divorcia para casarse con el mejor amigo de su marido, el actor Van Johnson.»

La boda tiene lugar en Méjico. Los dos huyen para no avivar el escándalo. Las jovencitas americanas se sienten defraudadas, han perdido a su soñado novio ideal de una forma ingrata.

La vuelta a los estudios es violenta. La fama de Van comienza a decrecer. Continúa trabajando. A partir de entonces su fama se estaciona. Rueda menos películas y éstas tienen menos éxito que las primeras. Los productores desconfían de su atractivo y lo desplazan un poco. Pasan varios

años, durante los cuales se mantiene en un segundo plano. Ninguna de sus películas consigue un éxito de consideración. Ahora tiene que confiar todos los triunfos a su talento y trabaja concienzudamente.

Vive tranquilo en su casa, dedicándose a la pintura y a la música. Tiene una hija y se siente completamente feliz.

En 1954, rueda «El Motín del Caine» y «Brigadoon». Las dos películas tienen un éxito enorme. Van salta al primer plano con más seguridad que antes. Ahora añade a todas sus cualidades la de su capacidad artística. Todos se fijan en él otra vez. A pesar de estar casado, se olvidan los incidentes de su boda y sigue siendo el novio ideal. Se recuerda toda su simpatía y es aclamado como nunca.



Así es

## VAN JOHNSON

Van Johnson estuvo en el centro de Africa para filmar una película. Allí trabó amistad con el jefe de una tribu, el cual le dijo que después de escuchar las enseñanzas de un misionero había decidido convertirse al catolicismo.

—Me parece muy bien — dijo Van—. Pero tú tienes quince esposas. De modo que deberás elegir una y dejar a las otras.

—Yo estar de acuerdo en elegir una —se lamentó el jefe—. ¡Pero no atreverme a decirselo a las otras catorce!

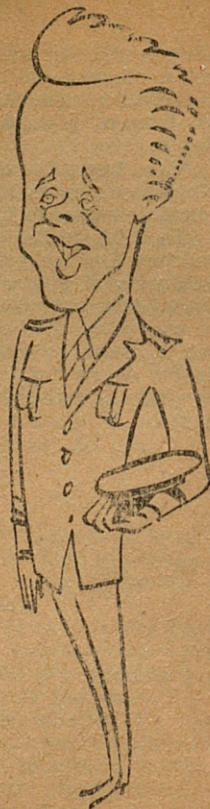
\*\*\*

Una de las películas de Van Johnson resultó un verdadero fracaso. Las proyecciones se daban con el cine casi vacío. No obstante, uno de esos eternos aduladores fue a visitar al actor y le dijo entusiasmado:

—¡Magnífico, Van! Todo Hollywood irá a ver la película.

—Sí —repuso él—, ya van yendo. ¡Pero de uno en uno!

(Caricatura de Muntañola)



il a la venta!



### SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine. Silvana Mangano, famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.



### FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas, Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.



### GREGORY PECK

El alto y desgarrado muchacho que se abre paso en el arte, terminando por ser uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo. Después de 15 años de matrimonio, Gregory Peck siente de pronto una pasión extraña por una periodista francesa, veinte años más joven que él.



## TITULOS EN PRENSA



ROBERT TAYLOR

Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Bárbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.

RITA HAYWORTH

Hija de un bailarín español, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Alf Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



TYRONE POWER

A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.

JUDY GARLAND

La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozarse su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.

